

CAPÍTULO XIII

GUERRAS DE ITALIA

Tratado de Cambray.—La paz de las damas

DE 1527 Á 1529

Nueva alianza de príncipes contra Carlos V.—Tratado y liga de Amiens.—Triste situación del pontífice.—Mas horrores y calamidades en Roma.—Muerte del virey Lannoy.—Ejército francés en Italia: Lautrec: sus primeros triunfos y reconquistas.—Tratos del papa con Carlos V.—Fúgase el pontífice de la prisión.—Embajadores de Francia y de Inglaterra en España: proposiciones y contestaciones.—Declaración formal de guerra.—Desafío personal entre Francisco I y Carlos V.—Conducta de cada soberano en este negocio y su resultado.—Marcha de Lautrec y de los franceses sobre Nápoles: bloqueo de esta ciudad.—Comportamiento de los generales del imperio.—Muerte del virey Moncada en combate naval: el marqués del Vasto prisionero.—Miserable situación del ejército francés frente de Nápoles: hambre, peste, abandono de los aliados.—El famoso almirante genovés Andrés Doria: deja el servicio de Francia y pasa al del emperador: consecuencias.—Muerte del mariscal Lautrec.—Prisión y muerte del marqués de Saluzzo: completa destrucción del ejército francés en Nápoles.—Destrucción de otro ejército francés en Milan por Antonio de Leiva.—Trátase de una paz general.—Concierto entre el papa y el emperador.—Tratado de Cambray entre Carlos V y Francisco I.—Paz de las Damas.—Juicio crítico sobre este tratado y sobre las causas que le produjeron.

Excelente ocasión ofrecía el asalto y saco de Roma y el cautiverio del pastor universal de los fieles á todos los príncipes y soberanos enemigos de Carlos V, ó envidiosos de su poder, ó recelosos de su engrandecimiento, para conjurarse en su daño. Que por mas que se esforzara por sincerarse á los ojos del mundo, si él no ordenó aquel escándalo, decían, suyos eran los generales y suyas las tropas que le cometieron: si Borbon obró sin su mandamiento, Carlos honra su memoria como la de uno de sus mas predilectos caudillos; si el emperador depora y condena el saqueo, no castiga á los saqueadores; y si manda hacer procesiones públicas por la libertad del Santo Padre, el Santo Padre sigue en cautiverio bajo la custodia de un rudo soldado imperial. Á estos cargos, dictados al parecer por un plausible celo religioso y por el sentimiento de ver ultrajada la suprema dignidad de la Iglesia y presa de forajidos la ciudad santa, se agregaba, y era en verdad el principal móvil, aunque menos ostensible, el interés político de cada príncipe y de cada Estado, y el mayor ó menor resentimiento ó motivo de queja que cada cual tuviera contra el emperador.

Preparada venia de muy atrás la alianza de Francisco I y Enrique VIII de Inglaterra. Los tratos del inglés con la reina regente de Francia durante la cautividad de Francisco; el título de protector de la Santa Liga que Enrique habia tomado en el tratado de confederación de Cognac; las conferencias celebradas entre los embajadores de uno y otro monarca en Westminster en los meses de abril y mayo (1527), todos eran precedentes que conducían naturalmente al tratado de alianza celebrado en 18 de agosto en Amiens entre el rey Francisco de Francia y el cardenal Wolsey, representante del soberano de Inglaterra. El objeto ostensible de este concierto era, como hemos indicado, la libertad del Sumo Pontífice y el rescate de los hijos del rey Francisco. Las bases principales del pacto, el matrimonio del duque de Orleans con la princesa María de Inglaterra, la guerra al emperador, cuyo teatro sería otra vez la Italia, si no se allanaba á las proposiciones que le harían, y que Francisco levantaría los soldados y que Enrique proporcionaría los subsidios. Los motivos que impulsaban al francés á esta alianza son de sobra sabidos. En cuanto al inglés, además del designio de atajar los grandes progresos y la prepotencia del emperador, moviale otro particular interés: traía ya en su pensamiento el divorcio con la reina Catalina, hija de los reyes Católicos de España, y para obtener la autorización de la Santa Sede, necesitaba presentarse como el mas interesado y el mas activo promovedor de la libertad del pontífice.

Entre tanto el papa permanecía aprisionado en Sant-Angelo con trece cardenales, pues no habiendo podido pagar sino

150,000 escudos de los 400,000 á que se habia obligado, no le daban soltura los imperiales mientras no completara la suma de la capitulación. Á los horrores y calamidades que Roma acababa de sufrir se agregó la de una epidemia, que así se cebaba en aquella miserable población como en el relajado ejército imperial. Y como si la ira de Dios no hubiera descargado bastante sobre la ciudad santa, allá acudieron también el virey Lannoy, don Hugo de Moncada y el marqués del Vasto, con el ejército de Nápoles, á acabar de recoger el botín, si alguno hubieran dejado sus compañeros. Alcanzó á los nueve meses llegados el contagio de la peste y el de la indisciplina, y á tal punto creció la insubordinación, que el virey Lannoy, viéndose en peligro de perder la vida á manos de sus mismos soldados, huyó de aquella desventurada ciudad, y al fin enfermó en Aversa y acabó sus días en Gaeta. Otro tanto tuvo que hacer el príncipe de Orange, so color de ir á organizar la constitución de Siena y mantenerla á la devoción del imperio, recayendo el vireinato de Nápoles y el mando de aquel desenfadado ejército en don Hugo de Moncada, enemigo del pontífice. De esta manera, sin pertenecer Roma al emperador, mandaban en ella imperiosamente sus soldados.

En tal situación, y habiendo entrado Venecia y Florencia en la nueva liga, nada hubiera sido mas fácil ni mas glorioso al rey de Francia que redimir á Roma y al pontífice, si Francisco, renunciando una vez á sus placeres, hubiera marchado resueltamente á ella como libertador de Italia y protector de su independencia. Pero aun le costó trabajo nombrar generalísimo de las tropas aliadas á Lautrec, y este, conociendo la negligencia del rey, aceptó con repugnancia aquel cargo. Sin embargo Lautrec marchó á Italia, y sus primeras operaciones fueron coronadas con el mejor éxito. Auxiliado del famoso marino Andrés Doria, se apoderó de Génova y restableció en ella el dominio de los Fregosos y del partido francés. Arrojó á los imperialistas de Alejandría, y enseñoreó toda esta parte del Tesino. Pavia, de funesto recuerdo para los franceses, fué entrada por asalto, y pagó la heroicidad de su anterior defensa siendo entregada al saco de los nuevos conquistadores. Venecia y el duque Sforza querían que marchara sobre Milan y destruyera á Antonio de Leiva, que con corto número de tropas se sostenía allí desde la salida de Borbon solo á fuerza de maña y de habilidad. Pero Lautrec, que sabia el pensamiento secreto de Francisco, que no era el de reponer á Sforza en Milan, obró con arreglo á sus instrucciones, y dejando la Lombardia se dirigió sobre Roma como á libertar al papa (1).

No extrañaríamos, aunque no hemos visto documento que lo acredite, que Carlos V tuviera alguna vez el pensamiento que los historiadores extranjeros le atribuyen de traer á España al papa Clemente, por el orgullo de tener cautivos bajo un mismo techo uno tras otro á los dos mas importantes y elevados personajes de Europa y de su siglo. Si tal acaso imaginó, graves consideraciones políticas le movieron sin duda á no ponerlo por obra y á adoptar otro partido. Escaso siempre de recursos pecuniarios el emperador, porque las córtes de Castilla los otorgaban de mala gana para que los empleara en guerras extranjeras y las de Valladolid se los habian negado, prefirió negociar por dinero el rescate del pontífice, y Clemente, allanándose á todo, sucumbió hasta vender algunas dignidades eclesiásticas para pagar, á dar en rehenes sus mejores amigos y á no hacer nunca la guerra al emperador; que á tal estado se veía reducido el jefe de la Iglesia por el funesto afán de mezclarse en la política del mundo como el príncipe mas secular. Mas no inspirándole completa confianza las promesas de Carlos, é impaciente por verse libre de la prisión despues de siete meses de cautiverio, de acuerdo sin duda con alguno de sus guardadores, se fugó una noche del castillo de Sant-Angelo (9 de diciembre de 1527) disfrazado de mercader, y saliendo á pié por una puerta del jardín del Vaticano se fué á Orvieto al campo de la liga. Desde allí se apresuró á escribir á Lautrec, dándole gracias por su buena intención de restituírle la libertad; mas no queriendo romper

(1) Guicciard. lib. XVIII.—Sismondi, 107.—Verchi, 87 y sig.—Sandoval, lib. XVIII.—Robertson, lib. V.—Leo y Botta, lib. XI, c. 4.

ni con el emperador ni con la liga, instaba á los confederados á que sacaran sus tropas de los Estados de la Iglesia, esperando así obtener de Carlos que sacara las suyas de Roma, entregada ocho meses hacia á un permanente saqueo.

Mientras esto pasaba, embajadores de Francia y de Inglaterra habian venido á España á negociar con Carlos la libertad de los príncipes franceses. El emperador accedia ya á modificar el tratado de Madrid, recibiendo dos millones de escudos de oro por el rescate de los rehenes, con tal que Francisco retirara sus tropas de Italia, y le restituyera Génova y demás conquistas hechas por Lautrec. Envanecido el francés con los recientes triunfos de sus armas en Italia, rechazó altivamente la proposición del español, exigiendo por primera condición que le volviera sus dos hijos, y repusiera á Sforza en el ducado de Milan sin las restricciones que Carlos le ponía. El soberbio tono de Francisco encolerizó al emperador, y contestó indignado que no cedería un ápice de lo que acababa de ofrecer. Oída por los embajadores esta respuesta, y con arreglo á las instrucciones que de sus soberanos habian recibido, comparecieron un día en la corte del emperador (22 de enero, 1528), acompañados de dos reyes de armas, y en nombre de sus amos le declararon la guerra con todas las formalidades de costumbre (1). Respondió el emperador con dignidad y firmeza, pero con moderación y templanza, al heraldo del monarca inglés; menos templado con el de Francia, dijo palabras harto duras y fuertes para que se las trasmitiese á su amo, tratándole de infractor de la fe, sin perjuicio de contestarle por escrito en un papel «que no contendría sino verdades (2).»

Trasmitida al rey de Francia esta respuesta, Francisco, sobrado orgulloso y mas arrebatado que prudente, despachó al mismo heraldo con el famoso cartel de desafío á Carlos V, que tanto ruido hizo en Europa entonces y en la historia despues, concebido en los siguientes términos: «Nos Francisco, por la gracia de Dios rey de Francia, señor de Génova, etc. A vos Carlos por la misma gracia electo emperador de Romanos, rey de España: hacemos saber que habiendo sido informados de que en las respuestas que habeis dado á nuestros embajadores enviados cerca de vos para el bien de la paz nos habeis acusado, diciendo que teneis nuestra fe, y que sobre ella, faltando á nuestra promesa, nos éramos idos de vuestras manos: para defender nuestra honra, que en tal caso sería contra verdad muy cargada, hemos querido enviarnos este cartel, por el cual, aunque en ningún hombre guardado pueda haber obligación de fe, y que esta ofensa nos sería harto suficiente, para haceros entender, que si habeis querido ó quereis hacernos cargo, no solo de nuestra fe y libertad, sino de haber hecho jamás cosa alguna que un gentil hombre que ame su honor no deba hacer, os decimos que habeis mentido por la gola, y que tantas cuantas veces lo dijerais, mentireis, estando resueltos á defender nuestra honra hasta el último instante de nuestra vida. Por tanto, pues contra verdad nos habeis querido hacer cargo, de aquí adelante no vos escribais mas sino para asegurarnos el campo, y llevaros hemos las armas, protestando que si despues de esta declaración decís ó escribís palabras que sean contra nuestra honra, la vergüenza de la dilación del combate será vuestra, pues que venidos á él, cesa toda escritura. Fecho en nuestra buena villa y ciudad de París á 28 de marzo de 1528 años.—FRANCISCO (3).»

(1) Tratos de paz. Ofrecimientos hechos por los embajadores á Carlos V y respuestas del emperador: 10, 15, 20 y 21 de setiembre en Palencia.—Instrucción dada al obispo de Tarbes embajador del rey de Francia cerca de Carlos V para la intimación de la guerra: 11 de noviembre en París.—Proceso verbal de la intimación de guerra hecha por Guiena, heraldo del rey de Francia, á Carlos V, el 22 de enero de 1528 en Burgos.—Granvelle, Papeles de Estado, p. 310.—Sandoval inserta también las contestaciones y las réplicas que produjeron los célebres desafíos entre Francisco I y Carlos V, que son muchas y largas, lib. XVI.

(2) En las palabras del emperador, que textuales copia Sandoval, aunque fuertes y enérgicas, no hallamos los insultos que suponen los historiadores extranjeros haber producido los retos siguientes.

(3) «Nous François, par la grace de Dieu, roi de France, seigneur de Génes, etc. A vous Charles, par la meme grace élu empereur des romains, et roi d'Espagne; savoir faisons que... si vous nous avez voulu charger,

Este cartel no llegó á manos del emperador hasta el 8 de junio, sin que se manifestase la causa de tal dilación (4). A él contestó que aceptaba darle el campo y asegurarse por todos los medios razonables, señalándole para el combate un sitio entre Fuenterrabía y Andaya; y añadía: «Y para concertar la elección de las armas, que pretendo yo pertenecerme á mí, y no á vos, y porque en la conclusion no haya longuerías ni dilaciones, podremos enviar gentiles hombres de entrambas partes al dicho lugar con poder bastante para platicar y concertar así la igual seguridad del campo, como la elección de las armas, el día del combate, y la resta que tocará á este efecto. Y si dentro de cuarenta días de la presentación de esta no me respondeis, ni me avisais de vuestra intención sobre esto, bien se podrá ver que la dilación del combate será vuestra, que os será imputado y ayudado con la falta de no haber cumplido lo que prometisteis en Madrid... etc. Hecho en Monzon en mi reino de Aragon á 28 días del mes de junio de 1528 años.—CHARLES (5).»

Cruzáronse además varios manifestos y mensajes haciéndose mutuas inculpaciones, y lanzándose recíprocos vituperios. Carlos por su parte despachó al rey de armas BORGONA á Fuenterrabía para asegurar el campo y arreglar las circunstancias del duelo (julio): el mismo BORGONA iba encargado de llegar hasta París y presentar el cartel del emperador al rey Francisco. Pero fueron tantos los pretextos de que se valieron para entorpecer su embajada así el gobernador de Bayona como el mismo soberano francés, que con mucho trabajo y gran dilación logró BORGONA el salvoconducto para pasar á París. No menores dificultades y embarazos experimentó para poderse presentar al rey, que disimulaba poco andar huyendo y esquivando aquella entrevista. Admitido al fin el rey de armas español á la presencia del monarca con todo el ceremonial de costumbre, el rey-caballero no consintió en manera alguna que le fuera leído el cartel del emperador. Con desabridas palabras atajaba siempre al enviado en cuanto este empezaba á hablar, y mostrando un enojo injustificado, so color de que debía presentarle antes el seguro del campo que el cartel, concluyó por despedirle con aspereza diciendo, que no le hablara de cosa alguna, pues no quería entenderse con él para nada, sino con su amo. Instó BORGONA en que por lo menos le diera un testimonio escrito de lo que le habia pasado en el desempeño de su embajada, y como no pudiera conseguir que le certificaran la verdad, deliberó volverse á España á dar cuenta al emperador su amo de todo lo ocurrido, lo cual hizo, no solo de palabra sino por escrito, en un manifiesto que publicó en Madrid (7 de octubre). En estas gestiones habian trascurrido los meses de julio, agosto y setiembre (6).

Oída la relación del rey de armas, y vista la conducta evasiva del monarca francés, tan poco correspondiente á su arrogante reto, consultó Carlos V al consejo de Castilla sobre lo que debería hacer. Informado de todo aquel grave tribunal, respondió, despues de muy mádura deliberación, que puesto que su majestad imperial habia cumplido y satisfecho al

non pas de notre dite foi et delivrance seulement, mais que jamais nous ayons fait chose qu'un gentilhomme aimant son honneur ne doive faire, nous disons que vous avez menti par la gorge et qu'autant de fois que le direz, vous mentirez. Pourquoi... etc.» Granvelle, papeles de Estado, tom. I, —Du Bellay, Memorias.—Sandoval trae la traducción castellana.

En los MS. de la Biblioteca nacional, tomo de Varios, G. 53, se halla una relación del desafío, en que se da cuenta de este cartel, añadiendo que le leyó en alta voz el secretario Juan Aleman.

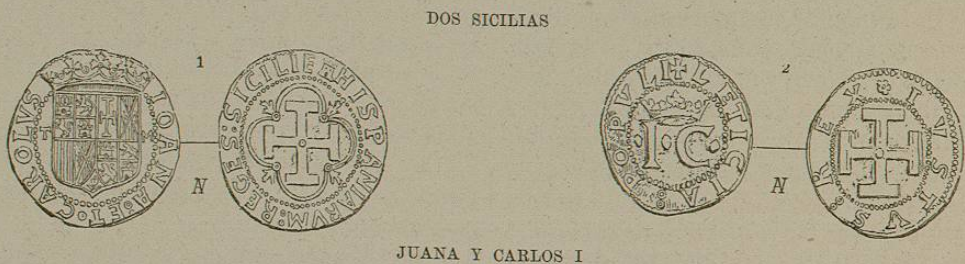
(4) «Hago saber á vos, Francisco, por la gracia de Dios rey de Francia (le decía Carlos en respuesta), que á ocho días de este mes de junio, por Guiena vuestro rey de armas recibí vuestro cartel, hecho á 28 de marzo, el cual de mas lejos que de París aquí pudiera ser venido mas presto...»

(5) Puede verse todo el documento en Sandoval, Hist. de Carlos V, libro XV.—Véase cuán sin razón dice un historiador francés que Carlos estaba decidido á no batirse: Charles, fort décidé à ne pas se battre...

(6) Entre otros documentos relativos á este ruidoso suceso, se han conservado, además de los carteles y respuestas de ambos soberanos, las cartas al rey de armas BORGONA del gobernador de Bayona Sanbonet, las contestaciones de este, la carta del rey de Francia al gobernador de Bayona, el salvoconducto firmado por Bayarte, y el manifiesto del rey de armas contando la historia de lo acaecido en su misión.

desafío propuesto por el rey de Francia, como al honor y estado de su imperial y real persona correspondía, y como caballero y gentil hombre hidalgo era obligado, y que el rey de Francia no había hecho ni cumplido lo que debía, no queriendo oír al rey de armas, por donde clara y abiertamente se veía que rehusaba el campo y el combate, el emperador no era obligado á hacer ni mandar otro acto, ni protestacion, ni diligencia, ni demostracion alguna en este caso, como con persona que ni quiso oír ni leer lo que era obligado y debía saber; y atendido á que la denegacion del rey de Francia había dado fin á este asunto, no le restaba otra cosa que hacerlo saber al reino y al ejército y á quien S. M. le pareciese, para que todos se enterasen de la verdad de lo que había pasado. En conformidad á este dictámen, el emperador hizo una manifestacion pública al reino de todo lo ocurrido, y así terminó felizmente el ruidoso desafío que había llamado la atencion de toda Europa, y que pareció caso mas propio de dos héroes de romance que de los dos mas poderosos soberanos de su siglo (1).

Durante la reyerta de los dos monarcas, el general francés Lautrec, libre ya el pontífice, y aprovechando la inaccion del



JUANA Y CARLOS I

atacaron con sus naves la armada genovesa que guardaba la entrada del puerto, mandada por un sobrino del almirante Doria. La tentativa fué tan desgraciada que las galeras imperiales fueron batidas y destrozadas, muerto el virey Moncada, y prisionero el marqués del Vasto con muchos oficiales distinguidos (28 de mayo), los cuales fueron enviados por Felipe Doria á su tío el almirante como trofeos de su triunfo. La armada veneciana que arribó luego hubiera podido poner en el mayor conflicto á Nápoles, si los venecianos, celosos del poder de la Francia, no hubieran pensado mas en recobrar para sí el dominio marítimo del Adriático, que en conquistar á Nápoles para los franceses. Por otra parte Enrique de Inglaterra, en vez de ayudar á los aliados guerreando en los Países Bajos, según había prometido, ajustaba una tregua de ocho meses con la gobernadora de Flandes; y el mismo Francisco I, mas dado á malgastar en sus personales placeres que cuidadoso de enviar subsidios al ejército de Italia, tenía á Lautrec sin recursos ni mantenimientos, en ocasion en que las enfermedades de la estacion calurosa diezaban sus soldados en aquel pais tan fatal á los franceses.

Vino á tal tiempo á acabar de hacer comprometida y crítica la situacion de Lautrec, y á causar una profunda herida al poder de la Francia, la defeccion del famoso almirante genovés Andrés Doria, el mas excelente y aventajado marino que en aquel tiempo se conocía, dejando el servicio de Francisco y pasando al del emperador. Esta defeccion, no menos funesta á la Francia y á su rey que la del condestable Borbon, fué motivada por las causas siguientes. Génova, aunque puesta bajo el protectorado de la Francia, quería conservar sus antiguas franquicias y libertades; y Doria, hombre de carácter independiente y altivo como buen republicano, abogaba por la libertad de su patria, y hacía lo con la independencia y la franqueza

(1) Es muy extraño que los historiadores extranjeros en general, y mas los franceses, y aun el mismo inglés Robertson, pasen tan de largo por un acontecimiento que tanto ruido hizo, dedicándole solo cuatro líneas, sin indicar siquiera las muchas contestaciones y réplicas, manifestos, cartas, intimaciones y formalidades que mediaron, y dejando como en duda en cuál de los dos soberanos consistió no realizarse el duelo. En esta parte el obispo Sandoval no escusó ciertamente los documentos ni las noticias relativas á este caso, que llenan largas páginas en folio del lib. XVI de su Historia del emperador Carlos V, y Granvelle suministra tambien multitud de piezas curiosas sobre este asunto en sus Papeles de Estado.

ejército imperial en Roma, determinó marchar sobre Nápoles decidido á arrancar al emperador aquel reino. Esto obligó al príncipe de Orange, que había vuelto á ponerse á la cabeza del ejército imperial, á hacer salir las tropas de Roma, si bien reducidas á la mitad, habiendo perecido la otra mitad en diez meses de inaccion, victima de la peste y de sus propios desarreglos. Los imperiales al mando del príncipe de Orange y del marqués del Vasto, franquearon los Apeninos á fin de cortar á los franceses el camino de Nápoles. En vano intentó Lautrec darles batalla ofreciéndosela varias veces; los jefes imperiales la esquivaron con mucha prudencia, y con no menos habilidad lograron replegarse á la capital de aquel reino. Detúvose Lautrec á conquistar algunas plazas menos importantes, y esta detencion salvó á Nápoles. Cuando se presentó delante de esta ciudad, reforzado con las bandas negras de Florencia (abril, 1528), ya el príncipe de Orange y el marqués del Vasto habían tenido tiempo para fortificarse, y Lautrec en lugar de un asalto tuvo por prudente limitarse á un bloqueo.

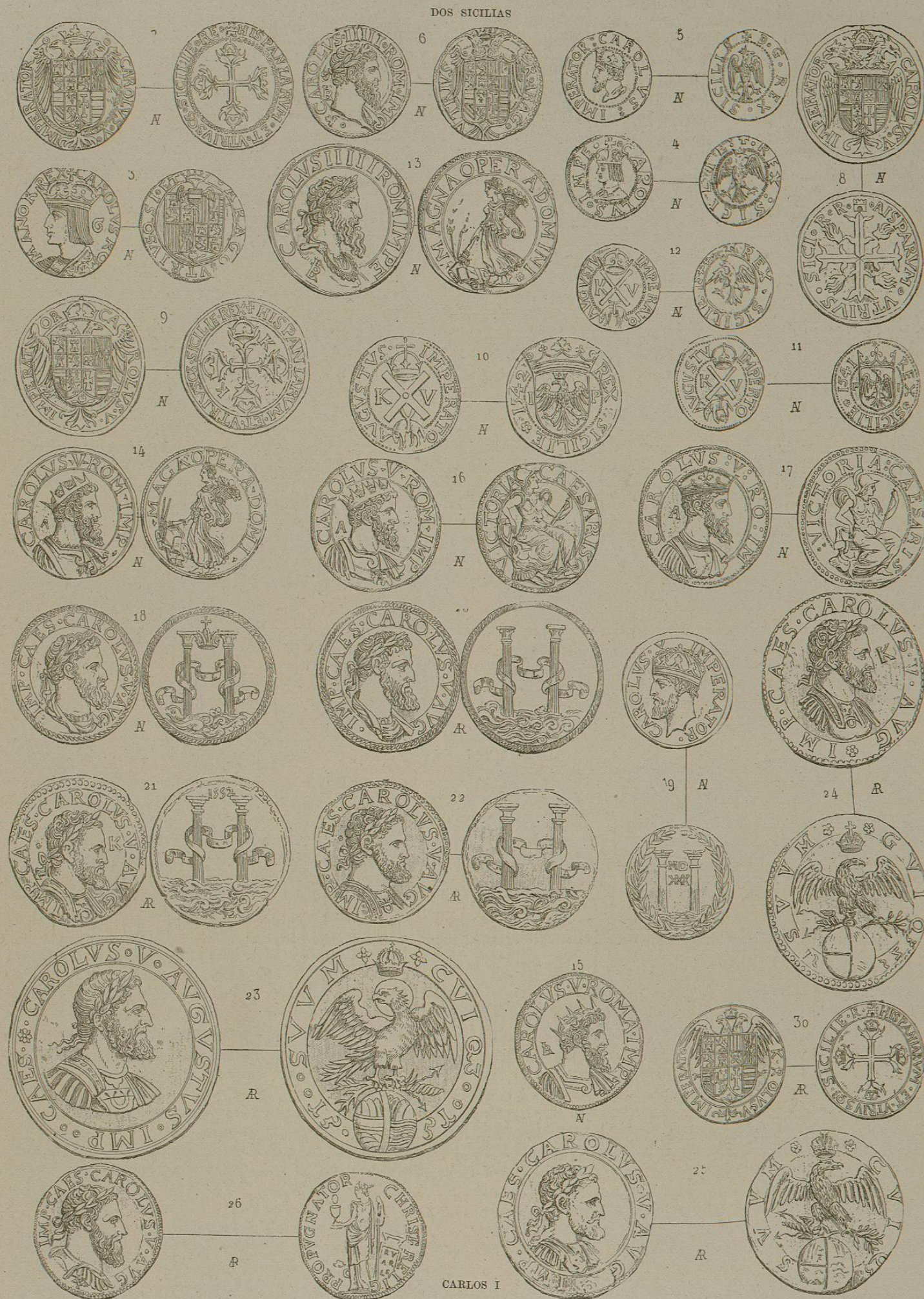
Ocurrió, no obstante, al mes de bloqueada la ciudad, un contratiempo que puso á Nápoles á dos dedos de perderse. El virey Moncada, sucesor de Lannoy, y el marqués del Vasto

de quien tenía mas de marino que de cortesano; cosa que disgustaba á los palaciegos y aduladores de la corte del rey Francisco, y les dió ocasion y pretexto para malquistar al monarca con el almirante genovés, y para que este recibiese desatenciones, desaires y aun injusticias. Francisco, como si quisiera humillar á Génova, hizo traspasar muchos de sus ramos y establecimientos mercantiles á Savona, ciudad que entonces fortificaban los franceses. Génova invocó el patriotismo de Doria apelando á él como á un protector; el almirante abogó por su patria con energia, y aun con dureza, y Francisco, ofendido de aquel atrevimiento é instigado por sus cortesanos, confirió el mando de las naves genovesas á Barbezieux, y le dió orden para que prendiese á Doria, orden no tan secreta que el almirante no la supiese antes de poderse poner en ejecucion.

Tiempo hacía que el marqués del Vasto su prisionero, conociendo el resentimiento de Doria, le andaba mañosamente catequizando y ofreciéndole ventajosos partidos para que entrase al servicio del emperador. Y Carlos, que sabía el valor de Doria, y estaba siempre listo para aprovecharse de los errores y de las imprudencias de su rival Francisco, había entrado en negociaciones con el genovés, prometiéndole entre otras cosas la libertad de su patria y la dependencia de Savona. En tal estado tuvo noticia Doria de la orden de su prision; ya no vaciló mas; se retiró á lugar seguro, devolvió lealmente á Francia las galeras francesas, pasóse al servicio de Carlos V con doce genovesas mediante la suma de sesenta mil ducados por año, y dió la vela á Nápoles, no ya para ayudar al bloqueo de los franceses, sino para libertarla de ellos. La situacion de Lautrec era deplorable: de los treinta mil hombres que había llevado, apenas le había dejado la peste cuatro mil útiles. El príncipe de Orange le hostilizaba desde la ciudad, y Doria se puso en comunicacion con la plaza. Era imposible á los franceses sostener el sitio: sin embargo, resistió Lautrec cuanto pudo, hasta que atacado él mismo segunda vez de la epidemia, sucumbió lamentando la negligencia de su rey y el abandono de los aliados (16 de agosto).

Muerto Lautrec, tomó el mando del abatido y apestado ejército el marqués de Saluzzo. A cualquier otro general mas hábil que él le hubiera sido casi imposible prolongar una situacion tan angustiosa; el marqués hizo una desastrosa retirada á Aversa, abandonando la artillería, los enfermos y los bagajes: lanzóse el príncipe de Orange en su persecucion, hizo

prisionero al famoso tráfuga español Pedro Navarro que mandaba la retaguardia (1), y atacó á Saluzzo en Aversa. Herido este mortalmente en el primer asalto, hizo una vergonzosa capitulacion, rindiendo sus miserables tropas y entregán-



CARLOS I

dose el mismo prisionero al de Orange (setiembre, 1528). El

(1) El conde Pedro Navarro, el valeroso conquistador de Oran y de Bugia, fué conducido al castillo del Ovo de Nápoles, que él en otro tiempo había conquistado tambien á los franceses como compañero del Gran

marqués fué llevado á Nápoles, donde dejó pronto de existir,

Capitan, y allí acabó sus dias condenado á muerte por Carlos V. Tal fué el lamentable fin á que arrastró á aquel insigne y bravo caudillo español la infidelidad á su patria y á sus reyes.